

REVISTA CIDOB D'AFERS
INTERNACIONALS 66-67.
Representaciones e interculturalidad

Exclusión y dinámicas de representación en el contexto de la
globalización
Burhan Ghalioun

Exclusión y dinámicas de representación en el contexto de la globalización

Burhan Ghalioun*

RESUMEN

Con la globalización, se pone en tela de juicio el conjunto de las representaciones y las relaciones entre culturas se transforman radicalmente. Se trata a la vez de un nuevo ámbito de interacción cultural y de nuevas realidades con nuevas representaciones. Según Burhan Ghalioun, para comprender la competencia global que define a socios y adversarios, este nuevo ámbito de interacción cultural requiere una lectura geoestratégica y geopolítica. La ruptura del orden geopolítico y geocultural establecidos pone en tela de juicio las posiciones y las ventajas adquiridas, lo que refuerza el sentimiento de amenaza y de incertidumbre. En esta guerra de representaciones a escala mundial, surge la necesidad de orientación, pero también la de legitimación. Para el autor, dos procesos diferentes pero complementarios se están desarrollando para redefinir los espacios y los criterios de inclusión y de exclusión: el primero de naturaleza geoestratégica y política, el segundo ideológico y simbólico. En este proceso, la nueva representación del mundo del islam es producto de una reducción cultural e identitaria a la vez.

Palabras clave: globalización, interculturalidad, civilización, identidad cultural, conflicto, islam

*Director del Centre d'Études sur l'Orient Contemporain.
Profesor de Sociología Política, Université de la Sorbonne-Nouvelle, París
ghalioun@free.fr

REPRESENTACIONES INTERCULTURALES Y CONTEXTO GLOBAL

Durante mucho tiempo, el estudio de las representaciones ha constituido el ámbito de actuación de psicólogos y de psicólogos que lo han vinculado al análisis de las relaciones intergrupales (a la luz de las teorías de la representación social). Se ha hecho hincapié en los problemas de identidades sociales, los prejuicios y estereotipos desarrollados por intergrupos y *out-groups* en el seno de una misma sociedad¹.

En otro registro, los sociólogos han examinado desde hace tiempo los problemas de las relaciones entre diferentes culturas, poniendo de manifiesto los fenómenos de dominación cultural, de alienación y de asimilación derivados de las colonizaciones o de largos períodos de ocupación.

Más recientemente, toda o prácticamente toda la reflexión relativa a las representaciones, incluso en contexto intercultural, se ha centrado en la cuestión de la integración de las comunidades minoritarias y/o inmigrantes en las sociedades de culturas occidentales. De este modo, ha sido posible recuperar el inmenso trabajo de monografías y de erudición llevado a cabo desde hace más de un siglo por la antropología cultural, que se esfuerza por explicar, tanto en Europa como en Estados Unidos, con la ayuda de los nuevos conceptos de aculturación, de desculturación o de contra-aculturación, fenómenos diversos derivados de los contactos duraderos y directos entre grupos o sociedades vecinas².

Todas estas investigaciones se han realizado en un contexto en el que el marco nacional era todavía en gran medida predominante. En la mayoría de los casos, sólo se trata de situaciones particulares en las que grupos minoritarios extranjeros se han visto forzados a gestionar sus relaciones con una sociedad global para garantizar su supervivencia o para cultivar la cohabitación. Las sociedades de acogida, por su parte, no tenían nada que hacer, salvo exigir a los recién llegados, como todavía se constata hoy en día, que se adaptaran y que adaptaran sus modos de pensamiento y de vida a los que prevalecían en los países de inmigración.

Ahora bien, en la actualidad los problemas son de naturaleza diferente puesto que, desde la aparición de lo que hemos convenido en denominar la globalización o mundialización, vivimos un contexto particular que influye en nuestros parámetros culturales. El conjunto de las representaciones que determinan nuestra visión del mundo, a saber el lugar que cada sociedad o grupo, incluso cada individuo, ocupa en el sistema de un mundo en lo sucesivo absolutamente abierto y desregularizado, se pone en cuestión. Al poner prácticamente a todas las sociedades en relación directa y duradera, la mundialización transforma radicalmente las relaciones entre las culturas y, con éstas, las modalidades y las reglas de los intercambios culturales. Nos encontramos en este caso frente al nacimiento de una nueva culturalidad, o más bien, de una transculturalidad, desplegada a escala planetaria. Se trata a la vez de un nuevo ámbito de interacción cul-

tural, con nuevos actores, nuevas reglas de juego, nuevas bazas, en resumen nuevas realidades con nuevas representaciones.

De este modo, a los conceptos psicológicos y psicosociológicos que han predominado en el estudio de las representaciones hasta muy recientemente, es necesario sumar los conceptos geoestratégicos y geopolíticos. La realidad que las representaciones globales pretenden interpretar no depende ni de las relaciones interindividuales ni intergrupales, sino de la forma en que los grandes conjuntos humanos buscan, en su competencia global, representarse, y representar a los otros, identificarse e identificar a sus socios, en el seno de un sistema global de relaciones humanas.

Sin embargo, creo que se imponen dos observaciones ante el análisis de las representaciones, tanto en un contexto global como en un contexto social. La primera es la necesidad de evitar los dos enfoques contradictorios que minan la investigación en ciencias sociales: el enfoque que tiende a hacer derivar la realidad social de su representación y el que ve en la representación un simple reflejo pasivo de la realidad. Del mismo modo que la negación de la autonomía del mundo real nos impide captar la dinámica de nuestras representaciones, el origen de su transformación y sus modos de funcionamiento, la negación de la autonomía relativa de la representación nos impide comprender el carácter creativo e innovador de nuestra acción sobre la realidad y, por consiguiente, las transformaciones que sufre nuestro entorno exterior como resultado de esta misma acción. Los dos enfoques nos impiden pensar en la relación interactiva del mundo real con la representación y con la imaginación y, del mismo modo, la doble determinación de nuestra práctica histórica: la limitación del mundo real objetivo y nuestro impulso subjetivo de transformarlo.

En esta doble determinación, lo que se encuentra en el origen de las grandes transformaciones de nuestras representaciones es el mundo real, objetivo. Una vez dicho esto, si bien la realidad es la que nos impone cambiar nuestras ideas, son las interpretaciones, que llevan la marca de nuestra subjetividad, nuestras formas de interpretar la realidad, nuestras especificidades, nuestros deseos y nuestras ideas los que controlan la orientación de nuestra acción. De este modo, podemos decir que la realidad no se comprende nunca tal y como es, sino siempre en referencia a una representación.

La segunda observación es que, en el universo de las representaciones, nada es inmutable ni está definitivamente establecido. Todas las representaciones constituyen construcciones históricas y sociales que reflejan los diferentes modos en que los individuos, los grupos sociales y las comunidades de cultura se desarrollan en una situación determinada, para hacer inteligible el mundo real, adaptarse a éste y orientarse en la acción tanto individual como colectiva. Esto quiere decir también que no existe representación en sí, sino que depende siempre de un contexto sociohistórico concreto. Es por lo tanto imposible comprender los modos de representación, en cualquier nivel, sin tener en cuenta a la vez los contextos históricos que los originan y la naturaleza de las relaciones sociales que los determinan.

LAS REPRESENTACIONES INTERCIVILIZACIONALES

Las relaciones entre los grandes conjuntos humanos, que se definen por la pertenencia a una religión, a una cultura o a una civilización, siempre han estado determinadas por estereotipos surgidos de contactos limitados, de la ignorancia o simplemente de la imaginación. Cada uno de los grandes conjuntos tiene tendencia a adjudicar a su conveniencia etiquetas particulares a los otros socios del planeta³. Estos estereotipos no son ni inocentes ni gratuitos. Son fruto de una larga elaboración hecha por generaciones sucesivas. No responden sólo a una necesidad de identificación del otro, sino a también a una necesidad de autoconstrucción. Pero, más allá de esta simple función de identificación, las representaciones tienen, en este plano de las interrelaciones globales, la función de mantener o de reforzar relaciones de hegemonía y/o de dominación. No pueden separarse de las estrategias globales y de los modos de legitimación del orden mundial.

La aparición de una nueva era de modernidad y también de la industrialización en el siglo XVIII no sólo transformó el mundo real sino que descompuso las representaciones de éste. No sólo nos hemos visto obligados a reescribir la historia para reflejar mejor el lugar central que Europa ocupa en lo sucesivo en la representación global, sino que las modalidades mismas de escribir y de decir la historia se han transformado radicalmente. La historia/progreso, cuyo objeto no es otro que la emancipación del hombre en todos los sentidos, describe detalladamente y con erudición la marcha de las naciones occidentales hacia la modernidad o un nuevo modelo de humanización basado en los valores de libertad, de igualdad, de justicia y de trabajo. Al asociar progreso y Europa/Occidente, la ciencia moderna de la historia proyecta la cultura-civilización europea en el corazón del sistema-mundo o de la civilización universal y legítima y, por lo tanto, este sistema.

Sin embargo esta historia-representación egocéntrica de Europa-Occidente que hace de la cultura-civilización europea una referencia común u obligada, fundadora de las normas y de los valores de la modernidad, es decir de una nueva humanidad, es la que parece hoy en día más amenazada. Frente a las nuevas dinámicas vinculadas al proceso de globalización desencadenado en el momento de la revolución tecnológica e informática, la supremacía física, pero sobre todo moral, de la cultura occidental se ve contestada por grupos o sectores de la opinión mundial cada vez más numerosos, incluso dentro de Occidente. Ya no se la acepta como legítima ni como justificada. Es rechazada como referencia única o incluso principal de nuestra civilización universal. Así, la representación occidental de la modernidad está saltando en pedazos, mientras que ninguna otra hegemonía global parece perfilarse en el horizonte. Privado de toda referencia central y común, el mundo actual también salta en pedazos⁴. Frente a una modernidad occidental desvalorizada y deslegitimada, surgen de todas partes contestaciones de las civilizaciones despreciadas y marginadas durante mucho tiempo, que mezclan referentes religiosos a los referentes étnicos o incluso de clan.

La ruptura del orden occidental de la modernidad y la pérdida por parte de la cultura-civilización europea de su centralidad vuelve a lanzar la competencia intercultural e internacional. El islam pretende colmar el vacío, y los musulmanes, más que ninguna otra comunidad, intentan ocultar su marginalidad extrema, incluso su situación de exilados en el universo de la modernidad occidental mediante la voluntad de ocupar el lugar de referencia central en una civilización descentralizada. La guerra de las armas se desdobra o se transforma de este modo en una guerra de representaciones, o en opinión de algunos, de civilizaciones.

De este modo el mundo conoce en la actualidad un renacer significativo del interés por la creación y la difusión de estereotipos de todo tipo. En efecto, la guerra de las representaciones es, por definición, la guerra de los estereotipos. Aprovechando el espectacular desarrollo de los medios y de las comunicaciones, tiende a cumplir dos grandes funciones: la primera es una función de orientación de la acción. Se trata de la significación del reparto del mundo entre el eje del mal y el eje del bien. De este modo, mediante la representación negativa que se impone a los otros, se designa al enemigo a abatir y se orienta la acción estratégica a cumplir. La segunda es una acción de legitimación: para justificar el dominio y a veces el aniquilamiento de un grupo humano o de una etnia, basta con demonizarlo, es decir con imponerle una de las representaciones que desvaloriza. Por eso, para ganar la guerra de las representaciones, hay que hacer cualquier cosa para ostentar el poder de representar: los medios y la autoridad de representación, algo que no es, en opinión de P. Bordieu, privilegio de todos.

EXCLUSIÓN Y GUERRA DE CIVILIZACIONES

A escala internacional, y a escala de cada sociedad, la ruptura del orden geopolítico y geocultural establecidos pone en cuestión las posiciones y las ventajas adquiridas. Incrementa el sentimiento de amenaza, agrava las tensiones y generaliza, como en cualquier situación de crisis, los sentimientos de incertidumbre y de miedo. A la vez que favorece la extensión de los conflictos, empuja a determinados grupos como las comunidades religiosas o étnicas a intentar una salida a la crisis en detrimento de los otros, a veces incluso al precio de la liquidación de los grupos y de las comunidades más débiles o cuya imagen se identifica con los peligros y el desorden. La guerra de reclasificación que se hace a la sombra de la disolución del orden establecido, y a favor de una nueva recomposición, tiene como principal baza determinar o redefinir los espacios y los criterios de la inclusión y de la exclusión, es decir los grupos salientes y los que resultan victoriosos de la recomposición.

Así es como habría que interpretar los conflictos y las formas de exclusión y de discriminación que se multiplican en todo el mundo, y, tras sus pasos, los diferentes fenómenos de xenofobia, de racismo, incluso de depuración étnica que no han cesado en estas últimas décadas de extenderse y de amplificarse a escala del planeta, sin que se salve ninguna comunidad o nación. Allí donde encuentran un terreno propicio, se traducen por formas más o menos violentas y elaboradas de exclusión. Las comunidades judías se quejan, en Europa e incluso en Estados Unidos, del resurgimiento del antisemitismo cuando la preservación de la memoria de los pogromos pretendía erradicarlo definitivamente. Los ciudadanos de origen árabe y/o musulmán se revelan contra una identificación prácticamente automática de sus culturas, tanto religiosas como profanas, con el desencadenamiento de la violencia, terrorista o no, en todo el mundo. Se insta a los musulmanes a demostrar su inocencia antes de verse obligados a responder a las acusaciones de subversión y de amenaza contra la modernidad. Los poderes utilizan cada vez más como chivo expiatorio a las minorías que suscitan la simpatía de una parte cada vez más importante de la opinión internacional, sublevada contra las masacres y las deportaciones repetidas, tanto para desviar la atención de la opinión pública de los graves problemas políticos o económicos, como para ahogar las angustias de los pueblos frente a las incertidumbres y a las amenazas que se ciernen sobre nuestro planeta en la era de la mundialización.

Pero, más allá de los múltiples conflictos, lo que está en juego en la confrontación global en esta fase de descomposición general tiene dos vertientes: por una parte, el reajuste del poder y, por consiguiente, una nueva disposición de las relaciones de dominación y de autoridad a escala mundial; por otra parte, la reconstrucción de la representación del universalismo. Así, se están desarrollando en paralelo dos procesos diferentes, pero complementarios, para permitir la instauración de un sistema de poder dominado por una hiperpotencia a escala mundial, sistema denominado hoy en día imperial o de imperio. El primero es de naturaleza geoestratégica y política, y su objetivo consiste en determinar las posiciones y el lugar de las naciones y de las comunidades en el nuevo orden futuro. El segundo es de carácter ideológico y simbólico, y su objetivo consiste en inscribir la nueva relación de inclusión y de exclusión sobre la que se basa el nuevo mundo en la conciencia y en el imaginario de la humanidad, es decir, de todos los seres humanos, con independencia de sus nacionalidades. A las nuevas realidades dominadas por el recurso a la fuerza, corresponden o deben corresponder nuevas representaciones. Pero en este caso, lo que está en juego a nivel de la representación es, a su vez, global. No se refiere ni a un sujeto individual ni a un grupo social, ni siquiera a una nación, sino a la representación de la humanidad fundada en una única comunidad, por sí misma. Se trata en realidad de la redefinición de los valores y las normas, de la idea que vamos a tener de lo humano, de nuestros deberes, de nuestras responsabilidades y los criterios de nuestra civilidad. No sólo las comunidades que pierden en la batalla por la reconstitución del orden mundial van a verse excluidas del sistema de poder global, sino que sus

contribuciones culturales se verán rechazadas y su imagen ignorada o desfigurada. Corren el riesgo de verse doblemente excluidas: en la esfera del poder y en la esfera de la representación global.

DE LA EXCLUSIÓN A LA DESTRUCCIÓN

Es asimismo en este contexto concreto de ruptura y de puesta en cuestión generalizada en el hay que entender el significado de esa extraña tesis, nunca evocada en la historia de la humanidad, del choque de las culturas, que se transforma rápidamente en una teoría general de la guerra de civilización. En lo sucesivo, no es en torno a intereses materiales bien definidos, recursos mineros, tierras, ventajas concretas o posiciones políticas o estratégicas fáciles de determinar, donde los pueblos y las comunidades libran grandes batallas, sino en torno a los objetos simbólicos, los sistemas de valores y los modelos de vida que encarnan las culturas. Es en las oposiciones de las visiones incompatibles del mundo donde, según esta teoría, se encuentran en lo sucesivo las causas de los enfrentamientos que cambian radicalmente nuestro mundo de hoy en día y el de mañana. La guerra entre los hombres no es, en definitiva, más que el reflejo de una guerra invisible y nunca terminada entre las culturas o, si queremos ser más claros, entre civilizaciones.

La transformación que se ha producido en la representación del enfrentamiento secular Oriente-Occidente es un buen ejemplo de ello. Ilustra mejor que cualquier otra situación la exacerbación de esta guerra de representación en la era de la globalización y de la crisis de la hegemonía de la civilización occidental.

En su crítica al orientalismo, hace algo más de dos décadas, Edward Saïd había hecho hincapié en los diferentes procedimientos intelectuales y epistemológicos que los orientalistas clásicos han aplicado para darle al mundo árabe y musulmán la imagen de un mundo fijado con el objetivo de justificar la dominación. Uno de estos procedimientos más importantes es la esencialización de un mundo con el fin de privarlo simbólicamente de su historicidad, de su genio y de sus capacidades de renovarse y de innovar. El mundo árabe-musulmán, orientalizado o bautizado como Oriente, es decir diferente, unánime, eterno, sentimental y ahistórico, se convierte en lo opuesto a un Occidente contradictorio, evolutivo, racional y moderno.

Esta imagen ya se ha superado. Ha dejado lugar a una nueva imagen de un mundo árabe-musulmán bárbaro, inculto, y privado de todo sentido de belleza, de racionalismo, de equidad, de justicia, de libertad, de derecho y de humanismo. Toda la belleza de un Oriente exótico, pero auténtico, que constituía su encanto y su especificidad ha desaparecido en la nueva representación. Ya ni siquiera se habla de Oriente, sino úni-

amente de islam o más concretamente de Oriente Medio, grande o pequeño Oriente Medio. Al privar a Oriente de su esencia romántica, no se ha pretendido restituir al islam en su verdad, sino quitarle toda identidad. Ya no tiene personalidad.

De este modo, en el tipo de representación difundido e impuesto a los árabes y a los musulmanes en todo el mundo desde el último cuarto de siglo, se encuentran todos los elementos teóricos y pasionales necesarios para la exclusión de toda una comunidad de la esfera de la modernidad, con el fin de justificar su sometimiento y la negación a sus sociedades del derecho a la soberanía y a la pertinencia.

Esta nueva representación del mundo del islam es producto de dos reducciones: cultural e identitaria. La cultura de los musulmanes parece ser absolutamente pobre, privada de toda dimensión espiritual, ética o racional. Incluso cuando se reduce toda la cultura de los musulmanes a la religión, sólo se ve en el islam una pertenencia comunitaria o simplemente una religión política. En el plano identitario, el musulmán no puede ser percibido como un individuo dotado siquiera de un mínimo de autonomía, de conciencia o de voluntad propios, sino que es esencialmente un ser comunitario. Por ello, parecería que el individualismo está ausente y la sociedad civil es inexistente⁵. Para amplios sectores de la opinión occidental, el término islam rima en la actualidad con tradición, fanatismo, xenofobia, violencia, incluso terrorismo. La imagen de un mundo del islam volcado en la espiritualidad, el misticismo y el fatalismo, se ha sustituido por la de un mundo agresivo, militarizado, arcaico y exageradamente voluntarista. Cabe constatar que el fin del orientalismo clásico no ha favorecido ni la aparición de un enfoque más científico ni el de una representación más positiva del Oriente musulmán, sino todo lo contrario. Ha dado libre curso a una literatura variada dominada, incluso en el marco de la investigación académica, por una lógica política o mediática a la vez superficial y efímera, pero que no obstante resulta temible. En lo sucesivo es en el discurso de la prensa escrita o audiovisual donde hay que encontrar los procedimientos constitutivos de una lógica de destrucción simbólica de todo un mundo. Está hecha de denuncia, de desvalorización, de descrédito, de confusión y de mutilación, con el objetivo de presentar al mundo árabe como un peligro fundamental para la humanidad.

Ya no es el momento, en efecto, como lo fue en la era de la dominación colonial clásica, del control militar de los recursos naturales, sino del aniquilamiento de las representaciones. Ya no se trata de excluir o de imponer una condición de marginalidad a una sociedad o a una cultura prohibiendo el acceso a las fuentes del poder, físicas o intelectuales, sino de impedirles reconocerse, tener una identidad, referentes, una cultura y una conciencia propias.

La imagen que dibujan los medios de comunicación del mundo árabe y musulmán es la de una incoherencia universal, que se resiste a toda explicación o interpretación racional. Es la imagen de un mundo desconcertante, imprevisible e incomprensible, que va a contracorriente de la historia de la humanidad. En todos los ámbitos, los musul-

manes son presentados como si obedecieran, en su pensamiento y en su comportamiento, a avances y criterios que están en contradicción directa con los que denotan modernidad: en estética, en educación, en religión, en política, en economía y en la guerra. No son simplemente diferentes, como se los representaba en el orientalismo clásico, sino más bien alienados. Sencillamente no están en la normalidad. Los analistas recurren en mayor medida al término de la excepción árabe para referirse a la marcha de lo que parece como una civilización aparte, que no obedece ni a las normas de la evolución democrática universal ni a los valores de la modernidad laica y racional. De este modo muchos investigadores en ciencias sociales piensan seriamente que no es posible aplicar a las sociedades árabes y musulmanas los mismos patrones de análisis que aplicamos a otras sociedades. Esto resulta confortante para la ideología ultranacionalista israelí que sugiere, desde hace ya tiempo, que los árabes sólo comprenden el lenguaje de la fuerza, preparando de este modo a la sociedad israelí a instalarse definitivamente en la guerra. En la actualidad, cabe temer que pronto ésa sea la idea compartida por el conjunto de la opinión pública occidental y tal vez con un fin similar. En realidad, esto sólo quiere decir una cosa: los árabes no son un interlocutor, todavía menos un socio, y no hay ningún motivo para escucharles o aceptar dialogar con ellos.

LA ISLAMOFOBIA O POR UN CHIVO EXPIATORIO A ESCALA PLANETARIA

Contrariamente a las apariencias, no es el miedo o el pánico alimentados por los peligros vinculados a la crisis y a la fragmentación del mundo árabe lo que genera la islamofobia ambiente en el mundo occidental. El origen y la causa de una islamofobia cuya función no es otra que la reproducción, en la representación, de este enfrentamiento hay que buscarlo más bien en el enfrentamiento con el mundo árabe o musulmán. En la búsqueda de una salida posible a la crisis del orden mundial, es decir occidental, la orientación de la acción contra el mundo árabe y musulmán responde a dos imperativos. El primero consiste en que los árabes carguen con el coste material y político de la rehabilitación o de la refundación del orden internacional que se está rompiendo; el segundo consiste en encontrar un chivo expiatorio cuyo sacrificio aglutine a la comunidad internacional y garantice, según la concepción de R. Girard, su unidad.

La representación discriminatoria que se ha desarrollado en Occidente en estas últimas décadas, que hace de los árabes seres políticamente violentos e intelectualmente inferiores, contribuye a justificar el destino que les está reservado: negación de identidad propia, de derechos igualitarios y de tratamiento recíproco, puesta en cuarentena

política, *guetización* cultural, prohibición de acceso a los saberes y tecnologías avanzados. Se trata en realidad de una deslegitimación política y moral. De este modo las elites en el poder, en particular en Estados Unidos, pero también en otros países del mundo occidental, pueden reforzar su dominio global, reafirmar su control sobre las opiniones públicas y mantener la cohesión, es decir, consensos nacionales afectados por la crisis y desestabilizados por las amenazas múltiples que no deja de engendrar⁶.

Es cierto que el mundo árabe y musulmán se presta perfectamente al juego de este sacrificio. Atraviesa él mismo una crisis importante debida al aborto de su proyecto de modernización que lo sume en la anarquía y el caos. Es fuente de una violencia repetida debido a su fragmentación y a las presiones que sufre desde el interior y desde el exterior. Se caracteriza por fuertes disparidades que constituyen el ejemplo de un mundo de contradicciones, de incoherencia e irracional. Tiene también todas las condiciones que le predisponen a convertirse en el objeto ideal, si no legítimo, del cumplimiento, en este desencadenamiento de la violencia mundial, de un rito de sacrificio cuya función consiste en producir, según R. Girard, una catarsis de las pulsiones agresivas sobre una víctima elegida. Esto es todavía más cierto en la medida en que el mundo árabe sólo es un actor marginal en la modernidad y que el mundo puede sacrificarlo, es decir volcar sobre él toda su agresividad sin tener que temer los daños o la pérdida de intereses. Incluso puede encontrar en ello determinados intereses. Erradicada de esta forma, la arabidad permite confirmar para unos el control de las posiciones estratégicas de primer orden y rehabilitar para los otros el proyecto de la reinstalación occidental en Oriente.

En este sentido, lo que explicaría el renacimiento de la islamofobia no son las amenazas que supone la dislocación de las sociedades árabes por el efecto del fracaso de sus proyectos de desarrollo. Por el contrario, lo que atrae la codicia y les predispone a desempeñar el papel de chivo expiatorio ideal es su vulnerabilidad extrema, debida al hundimiento de sus sistemas políticos y económicos. Hace un llamamiento para que todas las partes en competición saquen partido de esta debilidad para resolver problemas o dirimir sus rencillas. Estados Unidos considera sin duda que tiene hoy en día una oportunidad inesperada de controlar las fuentes de energía estratégicas fundamentales, o al menos de que no queden en manos de las sociedades enemigas. Los israelíes piensan igualmente que ha llegado el momento de cumplir la tarea inacabada de la colonización de Palestina, es decir, de la conexión de los territorios ocupados en 1967. Lo mismo ocurre también con amplios sectores de la opinión pública europea, oficial y privada, que no han digerido la secuencia colonial y que siguen habitados por el deseo de venganza o de rehabilitación de la ideología colonial.

La islamofobia pretende endosar a los árabes todos los males de la crisis mundial abierta y del desorden que no cesa de generar. De este modo, se acusa a los árabes de haber torpedeado el crecimiento de la economía occidental y de provocar la crisis duradera de desarrollo desde la subida del precio del petróleo en 1973. Se encuentran en el

origen de la diseminación de la violencia en todo el mundo, del terrorismo y del integrismo. Tienen culturas medievales y viven bajo regímenes despóticos. Son incapaces de asimilar los valores de la modernidad, de la libertad, de la igualdad, de ciudadanía, de racionalismo, de progreso técnico y de progreso. No han aportado nada o no aportan nada positivo a la humanidad. De este modo, su sacrificio expulsará el mal fuera del mundo y aliviará a la comunidad internacional.

Por supuesto, no todo es inexacto en esta falsa representación. Como todas las sociedades en crisis los árabes experimentan un total desconcierto, político, étnico e incluso económico. Tener conciencia de los malos componentes o reconocer las evoluciones negativas y peligrosas de las sociedades o de sus culturas no tiene nada que ver con la discriminación o la creación de estereotipos. La transformación de la simple constatación de la realidad en estereotipos, sobre los que se basan actitudes discriminatorias es fruto de un procedimiento que tiene dos vertientes: la esencialización y la generalización de esta realidad. De este modo los fenómenos vinculados a una situación de crisis se aceptan como reflejo de una identidad ahistórica, es decir una esencia, vinculada a una cultura fijada y a comportamientos heredados o incluso hereditarios. La generalización significa que los hechos constatados en una parte de la población se extienden al conjunto de los individuos que componen la comunidad o a su parte fundamental.

En efecto, sin estos procedimientos de creación de estereotipos, la actitud racista y la lógica discriminatoria ya no serán posibles. Porque si se admite que los fenómenos de violencia, de retorno a la religión, de dictadura y de tomas de posición antioccidentales no son la traducción exacta de un patrimonio genético o de una identidad cultural, con fallos, y por tanto incurable, sino las manifestaciones de una crisis de desarrollo, de regímenes autoritarios, de derrotas militares, de la caída del liderazgo político e ideológico, nuestra actitud respecto a los pueblos que sufren de ello será totalmente diferente. Podremos entonces pensar y actuar de una forma opuesta, en lugar de condenar a sociedades enteras y de aplastarlas, corriendo el riesgo de amplificar las actitudes negativas y las amenazas, podríamos perfectamente pensar en circunscribir los peligros evitando la generalización apresurada, la acusación y el castigo colectivos, y ayudando a los pueblos a salir de su desamparo. Ahora bien, con la xenofobia y el racismo se produce lo contrario. Al ver en el mal comportamiento del otro únicamente la manifestación de su esencia negativa, nos condicionamos a nosotros mismos y nos comportamos de una forma inamistosa, lo que sólo puede llevar al otro a responder con un comportamiento agresivo, confirmando de este modo el estereotipo que hemos forjado de él. Así, no veremos por tanto nada malo en que nuestra profecía se realice.

Notas

1. En particular, Leyens, J. P.; Yzerbyt, V.; Schadron, G. *Stéréotypes et cognition sociale*. Liège: Mardaga, 1996. Bourhis R. Y.; Leyens J. P. (eds.) *Stéréotypes, discrimination et relations inter-groupes*. Liège: Mardaga, 1994. Moscovici, S. *La psychanalyse, son image et son public*. Paris: PUF, 1961. Jodelet, D. "Représentation Sociale: phénomènes, concept et théorie". En: Moscovici, S. (ed.) *Psychologie Sociale*. Paris: PUF, 1984. P. 357-378. Rouquette, M. L. *La chasse à l'immigré: violence, mémoire et représentations*. Sprimont: Mardaga, 1997.
2. Después de Durkheim, E. "Représentations individuelles et représentations collectives". *Revue de métaphysique et de morale*, VI, 1898. P. 273-302, hay innumerables trabajos sobre estos fenómenos: los de J. Herskovits Melville, R. Benedict, J. Clifford, A. Kroeber en Estados Unidos, R. Bastide, C. Lévi-Strauss, L. Lévy-Bruhl, P. Bourdieu en Francia y muchos otros.
3. Así, por ejemplo, para los europeos, los chinos eran representados por el estereotipo del peligro amarillo, los indios por el del misticismo, los árabes y los musulmanes se percibían a menudo como invasores, mientras que los occidentales se representaban como los humanistas herederos del racionalismo de la antigüedad greco-romana. Lo mismo ocurre respecto a la vieja descripción de los caracteres raciales que ha dominado los estudios antropológicos del siglo XIX.
4. Tal vez es a esta generalidad a lo que pretende responder el posmodernismo que parece sustituir a la crítica de la modernidad anterior.
5. Gellner, E. *Conditions of Liberty*. Penguin Books, 1996.
6. Según Girard, René. *La violence et le sacré*, 1972, el rito del sacrificio del chivo expiatorio se asemeja a un linchamiento que vuelve a traer el orden en el seno de una comunidad: la violencia de todos contra todos se resuelve en la violencia de todos contra uno. De este modo, en torno a la víctima sacrificada se reforma la unanimidad de la colectividad.